

Tractatus lógico Philosophicus

El mundo es todo lo que acontece
El mundo es la totalidad de los hechos, no de las cosas.
El mundo está determinado por los hechos y por ser todos los hechos.
Porque la totalidad de los hechos determina lo que acontece y también lo que no acontece.
Los hechos en el espacio lógico son el mundo.
El mundo se divide en hechos.
Cualquier cosa puede acontecer o no acontecer y todo el resto permanece igual.
Lo que acontece, el hecho, es la existencia de los hechos atómicos.
El hecho atómico es una combinación de objetos (entidades, cosas).
Es esencial a la cosa poder ser la parte constitutiva de un hecho atómico.
En lógica, nada es accidental: si la cosa puede entrar en un hecho atómico, la posibilidad del hecho atómico debe estar ya prejugada en la cosa.
Aparecería, por así decirlo, como un accidente si a una cosa capaz de existir por sí misma pudiese subsecuentemente convenirle un estado de cosas.
Si las cosas pueden entrar en un hecho atómico, esta posibilidad debe estar ya en ellas.
(Algo lógico no puede ser sólo posible. La lógica trata de toda posibilidad y todas las posibilidades son sus hechos).
Lo mismo que no nos es posible pensar objetos espaciales fuera del espacio y objetos temporales fuera del tiempo, así no podemos pensar ningún objeto fuera de la posibilidad de su conexión con otros.
Si yo puedo pensar el objeto en el contexto del hecho atómico, no puedo, sin embargo, pensarlo fuera de la posibilidad de ese contexto.
La cosa es independiente en cuanto puede entrar en todos los posibles estados de cosas, pero esta forma de independencia es una forma de conexión con el hecho atómico, una forma de dependencia. (Es imposible que las palabras se presenten de dos modos distintos, solas y en proposición).
Si yo conozco un objeto, conozco también todas sus posibilidades de entrar en los hechos atómicos.
(Cada una de tales posibilidades debe estar contenida en la naturaleza del objeto).
No se puede encontrar posteriormente una nueva posibilidad.
Para conocer un objeto no debo conocer sus propiedades externas, sino todas sus propiedades internas.
Si todos los objetos son dados, también se dan con ellos todos los posibles hechos atómicos.
Cada cosa está, por así decirlo, en un espacio de posibles hechos atómicos. Yo puedo pensar este espacio como vacío, pero no puedo pensar la cosa sin el espacio.
Un objeto espacial debe encontrarse en un espacio infinito. (Un punto en el espacio es un lugar de argumento).
Una mancha en el campo visual puede no ser rosa, pero debe tener un color; tiene, por así decirlo, un espacio color en torno suyo. El tono debe tener una altura, el objeto del tacto una dureza, etc.
Los objetos contienen la posibilidad de todos los estados de cosas.
La forma del objeto es la posibilidad de entrar en los hechos atómicos.
El objeto es simple.
Todo aserto sobre complejos puede descomponerse en un aserto sobre sus partes constitutivas y en aquellas proposiciones que describen completamente el complejo.
Los objetos forman la sustancia del mundo. Por eso no pueden ser compuestos.
Si el mundo no tuviese ninguna sustancia, dependería que una proposición tuviera sentido, de que otra proposición fuese verdadera.
En este caso sería imposible trazar una figura del mundo (verdadera o falsa).
Es claro que por muy diferente de real que se imagine un mundo debe tener algo -una forma- en común con el mundo real.
Esta forma fija está constituida por los objetos.
La sustancia del mundo puede determinar sólo una forma y ninguna propiedad material, pues éstas se presentan primero en las proposiciones -están formadas primero por la configuración de los objetos.
Sea dicho de paso: los objetos carecen de color.
Dos objetos de la misma forma lógica están -prescindiendo de sus propiedades externas- diferenciados el uno del otro sólo porque son diferentes.
O una cosa tiene propiedades que ninguna otra tiene, y entonces se puede sin más, por una descripción, distinguirla de las otras y referirse a ella; o bien, hay más cosas que tienen en común la totalidad de sus propiedades, y entonces es absolutamente imposible señalar alguna de ellas.
Porque si la cosa no se distingue por nada, yo no la puedo distinguir, pues de otro modo ya sería distinta.
La sustancia es aquello que existe independientemente de lo que acontece.
Ella es forma y contenido.
Espacio, tiempo y color (cromaticidad) son formas de los objetos.
Sólo si hay objetos puede haber una forma fija del mundo.
Lo fijo, lo existente y el objeto son uno.
El objeto es lo fijo, lo existente; la configuración es la cambiante, lo variable.

LUDWIG WITTGENSTEIN (1889-1951).
Austria. Pensador filósofo contemporáneo.
El fragmento corresponde a su libro
«Tractatus Logico Philosophicus» - 1973.

Una salita

Graham Greene

Bajo la suave llovizna estival, Craven pasó junto a la estatua de Aquiles, Acababan de encender las luces, pero ya los coches se apiñaban en dirección de Marble Arch, y los angulosos y calculadores rostros judíos se asomaban a la calle, dispuestos a pasar un buen rato con cualquier cosa que les saliera al paso. Amargamente. Craven pasaba a su lado, con el cuello del impermeable cerrado hasta la garganta; era uno de sus días malos.

Durante todo el trayecto a través del parque se vio obligado a recordar que el amor existía; pero el amor exigía dinero. Un pobre debía conformarse con el placer físico. El amor exigía un buen traje, un coche, un departamento en alguna parte, o un buen hotel. Exigía que lo envolvieran en celofán. Todo el tiempo tenía conciencia de su raída corbata bajo el impermeable, y de sus mangas gastadas; iba con su cuerpo como con alguien a quien odiara (solía tener momentos de felicidad en el salón de lectura del British Museum, pero el cuerpo lo llamaba a la realidad). Sus únicos sentimientos eran algunos recuerdos de feos actos cometidos en los bancos de las plazas. Para la mayoría de la gente, el cuerpo moría demasiado pronto; pero ése no era el conveniente para Craven, de ningún modo. El cuerpo seguía viviendo, a través de la brillante y metálica lluvia, de paso hacia alguna tribuna, cruzó un hombrecito de negro con una bandera: "El cuerpo renacerá del polvo". Recordó un sueño; un suelo del cual ya había despertado tres veces temblando: estaba solo en el enorme, oscuro y cavernoso cementerio del mundo; el globo terrestre era un panal de muertos, y en el sueño descubría que el cuerpo no se destruye. No hay gusanos, ni disolución. Debajo de la superficie, el mundo está repleto de masas de carne muerta preparada para volver a levantarse con sus verrugas, sus forúnculos y sus erupciones. Después, permanecía tendido en su lecho, recordando -como "anuncios de gran alegría"- que, después de todo, el cuerpo se corrompe.

Con rápido paso, tomó por la calle Edgware; los soldados de la Guardia se paseaban en parejas, como grandes y alargadas bestias lánguidas; dentro de sus pantalones ajustados, sus cuerpos parecían gusanos. Los odiaba, y odiaba su odio porque sabía lo que era: envidia. Sabía que cada uno de ellos tenía un cuerpo mejor que el suyo; la indigestión le consumía el estómago; estaba seguro de que su aliento era repugnante, pero, ¿a quién podía preguntárselo? A veces se perfumaba secretamente, aquí y allá; era uno de los más feos de sus secretos. ¿Por qué le pedían que creyera en la resurrección del cuerpo que él tanto deseaba olvidar? A veces rezaba, de noche (un dejo de creencia religiosa se alojaba en su pecho como un gusano en una nuez), para que por lo menos su cuerpo no resurgiera.

Conocía demasiado bien las calles laterales que cruzaban la calle Edgware; cuando estaba de mal humor, caminaba simplemente hasta cansarse, mirando de reojo su propia imagen en las vidrieras de Salmón y Gluckstein y del A.B.C. Por eso advirtió de inmediato los carteles frente al teatro abandonado de la calle Culpar. No eran muy inusitados, porque a veces la Sociedad Dramática de Barclays Bank alquilaba por una noche el local; otras veces pasaban alguna oscura película con fines comerciales. El teatro había sido construido en 1920 por un optimista que pensó que la baratura del terreno compensaría de sobra la desventaja de que estuviera situado a una milla de distancia de la zona de los teatros. Pero ninguna obra tuvo éxito en él, y pronto el local quedó abandonado, llenándose poco a poco de nidos de ratas y de telarañas. El forro de los asientos no fue nunca renovado; y la única vida del lugar consistía en la temporaria y falsa agitación de alguna obra de aficionados, o de alguna función de beneficencia.

Craven se detuvo y leyó; parecía que todavía había optimistas en 1939, porque sólo el más ciego optimista podía alimentar la esperanza de ganar dinero en ese lugar convirtiéndolo en "El Hogar del Cine Mudo". Se anunciaba la primera temporada de "primitivos" (una expresión snob); no habría nunca una segunda. Bueno, la entrada era barata, y ya que estaba cansado, quizá valiera un chelín meterse en cualquier parte para salir de la lluvia. Craven compró una entrada, y se sumergió en las tinieblas de la platea.

En la profunda oscuridad un piano tintineaba algo que monótonamente recordaba a Mendelssohn; Craven se sentó en un asiento lateral, e inmediatamente tuvo conciencia del vacío que lo rodeaba. No, no había una segunda temporada. en la pantalla, una mujer voluminosa con una especie de toga se retorció las manos, y luego se dirigió hacia un diván, bamboleándose con extraños movimientos y sacudidas. Allí se sentó, y se quedó mirando desesperadamente hacia adelante, como un perro ovejero, a través de su pelo, suelto, oscuro y acordonado. A veces parecía disolverse definitivamente en puntos, lucecitas y líneas onduladas. Un subtítulo decía: "Pompilia traicionada por su amante Augusto trata de poner fin a sus desdichas".

Por fin Craven comenzó a ver un confuso desierto de plateas. No había más de veinte personas en el local; unas cuantas parejas que murmuraban con las